

XXII.

Reaparición del Zurdo.

La noche en que Ludovico trabó amistad con el Cura y con el Estreñido, Paco el Zurdo y el Doctor no parecieron por la taberna de la Espigada.

Al ex-sacristan no le agradaba la sociedad de sus dos nuevos amigos, pero encontraba en ella dos ventajas: la primera, aprender sin gran trabajo el idioma; y la segunda, contar, llegado el caso de que tuviera que apoderarse de Mário por la fuerza, con dos aliados que podían servirle de mucho. Así es que continuó yendo todas las noches á la taberna del "Padre Noé" y bebiendo á la par de los dos antiguos parroquianos.

Una noche en que la cotidiana sociedad estaba aumentada con tres personajes mas, que le fueron presentados á Ludovico por el Cura bajo sus nombres de guerra de Escribano, Maestro de escuela y Literato, las libaciones de la sociedad fueron interrumpidas por tremendos golpes dados á la puerta.

—Apostaria á que es el Zurdo—dijo el Cura—solo él es capaz de llegar á estas horas y de llamar así.

La tabernera se dirigió á la puerta, abrió, y el Zurdo, que no era otro el que llamaba, se presentó en la sala acompañado del Doctor.

Creemos inútil decir que fué acogido con un ¡viva! general.

—Tengo una carta para tí, Paco—gritó la Espigada.

—¡Para mí!—contestó admirado el Zurdo, que suponiendo á Fernando arreglado ya con Marietta, no podía concebir que la carta de que el hijo del señor Gonzaga le habia hablado fuese la misma á que se referia la Espigada.

—Sí,—contestó la Espigada—para tí; aquella de que me hablaste, con la cruz y todo. Es de Italia, y este caballero aguarda la respuesta—añadió, señalando á Ludovico.

El Zurdo alargó la mano para tomar la carta.

—Es inútil que la lea usted—le dijo en voz baja Ludovico poniéndose en pié é interponiéndose—soy la persona encargada de recojer al niño y de aceptar las condiciones que se impongan para su devolucion.

—Pero, ¿de qué niño habla usted? ¡con mil diablos!—contestó impaciente Paco.

—Del que el señor don Fernando Gonzaga arrebató al cariño de su madre: de Mário.

—Pero ¿está usted loco, hombre de Dios! A la hora de esta ya deben estar casados el papá y la mamá, y nadie mas que ellos tiene que ver con el chico.

Ludovico se estremeció y se puso extraordinariamente pálido.

—¡Casados! murmuró.

—Sí, hombre, casados; ¿qué le admira? Y á fé que D. Fernando ha de estar muy entretenido con la luna de miel, porque para nada escribe.

Ludovico no sabia qué hacer; pensaba que no podía hablar

al Zurdo de la muerte de Fernando sin descubrirse, porque el aplomo y la serenidad del que nada tiene que echarse en cara le abandonarian á las primeras palabras; pero le importaba averiguar lo mas pronto posible el paradero de Mário, y armándose de valor, dijo al Zurdo:

—¿Cómo! ¿No sabe usted que la señora Marietta ha muerto?

—¿Ha muerto!—contestó el Zurdo, á quien le tocaba la vez de asombrarse.

—Sí, un pescador ha encontrado en el rio su cadáver.

—Pero entónces, ¿por qué no vuelve D. Fernando?

—Lo ignoro, respondió Ludovico, procurando disimular su emocion.

—¿Hace mucho que salió usted de Italia?

—Hará cuatro meses—contestó Ludovico mintiendo descaradamente.

—Otros tantos hace que D. Fernando se marchó y nada sabemos de él.

—¿Y el niño?

—Lo único que puedo decir á usted es que escapó de buena.

—¿Ha estado enfermo?

—A la muerte se ha visto.

—¿Y se halla fuera de peligro?

—Como usted y yo.

—¿Podré verle?

—¿Quién es usted?

—Un amigo íntimo de su familia.

—Preguntaré al amo.

—¡Eh! basta de secretos—gritó impaciente el Cura, interrumpiendo á Paco y á Ludovico; aquí viene la gente á beber y á divertirse, y no á confesarse, ¡por vida del chápíro! Este gaznápíro de Zurdo no se contenta con echarla de gran señor y venir aquí por campanada de vacante, sino que la rara vez

que viene es para distraer á la gente ó llevársela. La última vez te llevaste al Doctor; ¿querrás hoy llevarte al Sacristan?

—Muy bien hablado—gritó el Escribano—á la mesa el Zurdo.

—A la mesa! á la mesa! repitieron los demas.

El Zurdo y Ludovico despues de haberse citado para el dia siguiente por la noche en la taberna, fueron á beber con los demas; los tragos continuaron menudeando, y el Cura insinuó á la sociedad que habia un gran negocio que hacer y era preciso reunir el mayor número posible de amigos de confianza para llevarle á cabo con buen éxito.

Cada uno ofreció concurrir á la noche siguiente á la taberna llevando personas con quienes se podia contar, y ya no volvió á tratarse de nada sério.

—Que gordo estás, Doctor, parece que sales de un convento de carmelitas—dijo el Estreñido.

—Si para tratarlos bien te llevas á los amigos, Zurdo de mis ojos, embárgame por diez años—añadió el Cura.

—Felicítenle ustedes, porque ha hecho una cura prodigiosa—dijo el Zurdo tomando parte en la conversacion.

—¿Resucitó á algun muerto?

—Punto ménos.

—Cuéntanos eso.

—Era un chico que tenia la cabeza rota, dijo el Doctor.

Ludovico prestó toda su atencion.

—Podia morirse—continuó el Doctor—porque la herida era muy grave; pero la ciencia es poderosa y en casos mas graves ha vuelto con mi intervencion á la vida á muchas gentes.

—Alábate, borona.—interrumpió el Literato.

—Mejor que burlarte, pedazo de alcornoque, haz un folletin sobre el caso—dijo el Zurdo.

—¿Que folletin ni que caso!—replicó el Escribano—doy fé de que estamos perdiendo el tiempo y de que se enfria el vino.

¿Hizo una buena cura el Doctor? Pues á su salud!—y empinó su copa.

—A la salud del Doctor—gritaron todos, imitando el movimiento del Escribano.

Cuando los parroquianos de la Espigada dejaron la taberna, Ludovico siguió al Doctor y al Zurdo hasta la puerta de la casa del señor Gonzaga, y se dirigió despues á su posada pensando en que muy pronto volveria á ver á Mário.

XXIII.

Un hombre sospechoso.

Al dia siguiente se hallaba el señor Gonzaga, muy de mañana, grandemente entretenido con el niño Mário y tan encantado al ver que comprendia lo que le hablaba y que repetia una que otra palabra de las que le dirijia, como pudiera estarlo el padre mas cariñoso al escuchar la primera voz articulada por su mayorazgo á los pocos meses de edad, cuando llamaron discretamente á la puerta de su habitacion.

El abuelo de Mário hizo un gesto de impaciencia y continuó divirtiéndose con el niño, sin dar otra muestra de que habia oido llamar.

La persona que deseaba entrar repitió sus discretos golpes, y entónces el señor Gonzaga bajó delicadamente al niño de sus rodillas, y se dirigió á la puerta que abrió.

El Zurdo estaba delante de él.

Paco, en aquel momento, no era el hombre de fisonomía repugnante y airada que vimos en la iglesia de la Misericordia